

Poemas

Minerva Salado

CRÓNICA DE MUJER EN VENECIA

NADA ES POSIBLE hacer frente a las gotas de humedad
contraparte que se desborda en este sitio
desconcertante
único.

Seca discretamente sus lágrimas incontenibles
y en silencio
cierra los ojos bajo la luz del día
mas sus pestañas reaparecen
otra vez rematando los párpados mojadas.

Nada puede hacer.
Nada es posible hacer.

Ella levanta un tanto su abrigo de pieles
y se reclina en el respaldo del asiento
donde la alcanza un tenue rayo del sol invernal
que da vida a su rostro
sereno en apariencia.

Sobre la frente pálida casi transparente
surcan venas azules y levísimas
una fina nariz apenas empolvada
y los pómulos breves como el mentón.
Sus delgados labios no delatan tristeza ni amargura.
Hay una decisión tomada en la barbilla.

El entrecejo es despejado.
Sólo el dolor se refugia en los ojos
con su callada fuente.

El *vaporetto* se detiene en Vallaresso.
Ella calza unos guantes terracota
y enjuga por última vez la humedad de su rostro.
En el embarcadero sus pasos se oyen firmes.

Quién sabe por qué llora
a qué objeto perdido
inocencia
pánico
o frustración

ella ofrenda hoy las lágrimas
con las que se sumerge en la magnífica ciudad.

ALICIA EN MI CIUDAD

Los espejos ocultos están frente al Paseo del Prado
para que tú los atraveses.
Del otro lado esperan todas las ilusiones
las piedras en el centro de otro orden
los rostros y los pasos.
Los espejos descubren los caminos
sin saber demasiado hacia dónde
penetran en las estridencias de los sueños
fantásticos como nunca antes
ilusorios
reales para los que olvidaron la esperanza.
El azogue de los espejos parece
una tentación a la que pocos renuncian
los otros yacen sobre las baldosas
sin tiempo para más
esperando en las raíces de una ciudad
que cada día se evade
sin dejar de ser ella.
Suplantada
acartonada
enmascarada

y sin embargo ella bajo toda escenografía
careada
 encallecida
 abandonada
hermosa para siempre
su corazón se entrega a quienes la amaron
a quienes aún la aman.
Los espejos aguardan los celajes inertes
y con ellos la ausencia de los gritos.

Se hace tarde
los espejos ocultos se abren al anochecer.

RETRATO INVERNAL

Sólo quedaron caracoles
se perdieron las fotos las palabras
y yacen en el cuenco de mimbre
aquellos medios tonos
 negros
 sepia
empujados hacia el lecho de sílice
roídos por la espuma y el yodo
marcados
 estriados
su pequeña coraza retorcida de historias minerales.

Un hombre solitario se masturba en la playa
dos mujeres pasean con sus perros
 los sombreros de fieltro
apenas se sostienen
recogen las jeringas usadas en la arena.

Los hoteles secretos han cerrado sus puertas
el viento frío forjando las ranuras
interrumpe las sombras de la tarde.

Es el invierno en Lido.

La playa se despide de sus algarabías
no hay fogatas ni gritos ni carreras
ni miradas oscuras ni tanteos ni apuestas

sólo un espectro vela por la arena
los ausentes regresan con las rachas más fuertes
vencidas las persianas en los ojos de todos.

El enero de Lido sobreviene.

Los caracoles mudos se encargan de su invierno.

LIBRO PRESTADO

Un libro comprado hace veinte años
por un hombre
sus huellas sobre las páginas que ahora recorro
sus pensamientos sobre ellas
sus emociones intactas frente a esta poesía
 desgarrada por la infelicidad y el desamor
descubierta a sus ojos.

Con sus manos traspone el nido
donde los poemas concurren
para formar un lecho
avecinado en el último rescoldo de la esperanza
cuando ya no queda otra cosa
que aguardar
 encomendarse a Dios
palear en el oficio de cada día.

Hay un hombre que lee finamente los versos
los recorre sinuoso
los reconoce como si fueran suyos
humedece con su aliento las voces que los dictan.
Ninguna es su palabra
él no ha escrito un poema para el libro
que le está revertiendo su propia amargura
es otro poeta el que extiende su personal biografía
como una manta que le alivia el invierno
para ahorrarle vocablos y dolores.

Muchos nombres se ocultan bajo el libro insumiso
ácido como un puente bajo la lluvia
 en ese país único
que cada quien conoce desde dentro.

MEMORIA

Quien se va
siempre promete volver
luego
la primavera aplasta de aquel lado
otros tienden la mano
la yerba crece frente a nuestro patio
se derrumban los puentes
y el polvo que levantan
huele a desasimiento.
Un humo extraño se eleva en la distancia
como si viéramos el pan de la niñez
en el hogar
fundándose en los juegos de los primos.
Alguno se ha ido sin la quimera de volver
su bicicleta tras la montaña de arena
en una tramposa noche de langostas.
Cojimar
no fue más que un pedaleo
no sabíamos dónde empezar
pero seguíamos jadeando.
Los árboles eran nuestra vigilia
aún muy lejanos
pero al alcance de los ojos.

Quien prometió volver
ha vuelto como un niño
para siempre.

ROSAS GEMELAS

Dos rosas en un vaso, desveladas,
de un aroma perdido en la memoria
su presencia es perfume de una historia
detenida en la flor de mis almohadas.

Dos rosas rojas, como la ironía
de aquel rayo escapado a la ventana
hilo de luz partiéndose en el día
grano de sal que anida en la mañana.

Son dos símbolos rotos de un pasado
que se mueve en el ritmo de las velas
y quiebra la invención del impaciente

son marcas de un color inapropiado
que palidecen en la tarde ausente
y mueren juntas, como dos gemelas. •



PATRICIA HENRIQUEZ

MINERVA SALADO es poeta, ensayista y periodista. Obtuvo el Premio Nacional Julián del Casal de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en 1978 por el poemario *Tema sobre un paseo*, y con *Herejía bajo la lluvia* el Premio Internacional Carmen Conde 2000 de la editorial Torremozas de Madrid.